

Iglesia de San Salvador de Ariño

*Cristina Alquézar Villarroya
Rosa López Bielsa
Reportaje fotográfico: JAP*

La iglesia parroquial de San Salvador de Ariño, como la mayoría de iglesias de la comarca Andorra-Sierra de Arcos, fue construida en el siglo XVIII, según el estilo predominante en esa época en Europa y, en este caso, Aragón, el barroco. Estamos, pues, ante un ejemplo de arquitectura barroca aragonesa que, a pesar de no poseer ningún valor estético, desde el punto de vista histórico-artístico resulta de cierta relevancia para la identidad cultural aragonesa. Y esto es así porque, después del mudéjar, el estilo que mayor transcendencia ha tenido en esta región ha sido el barroco. Dos de los pocos catálogos artísticos con los que contamos en Aragón, escritos en los años cincuenta y setenta del siglo XX, coinciden en valorar la importancia de la arquitectura barroca aragonesa, tanto por la abundancia de ejemplos como por su personalidad.

La iglesia desde fuera

La iglesia a la que nos referimos en esta ocasión se erigió en una de las dos colinas sobre las que se asienta el casco histórico de Ariño. Y es su torre, elevada sobre los tejados de las casas, la que preside esta localidad. Si hablamos de arquitectura religiosa barroca, no podemos olvidar este elemento, la torre campanario. La torre de la iglesia de Ariño está formada por un primer cuerpo de piedra y sección cuadrangular, que actúa como base, y sobre este, tres cuerpos de ladrillo de planta circular. Esta caracterización puede recordarnos a la torre de La Seo de Zaragoza, la cual ejerció gran influencia sobre los templos de la región arago-



Portada de la iglesia, situada en el muro de los pies.

nesa, difundiendo el modelo de las torres campanario del barroco romano. Italia, como en tantos otros estilos, vuelve a ser referente artístico. No obstante, el volumen cilíndrico que presenta esta torre hace de ella un ejemplo singular de entre todas las de la comarca, que rara vez presentan planta circular. Pilastras, vanos ciegos y abiertos y óculos cerrados decoran esta torre, que finaliza con un chapitel en forma de cono. Su pronunciada inclinación puede resultar también otro rasgo original. Según la tradición oral, la torre de la iglesia de San Salvador ha sufrido esta inclina-

ción desde el momento de su construcción debido a un despiste del arquitecto, quien no tuvo en cuenta la pendiente sobre la que se asentaba el edificio ni el tiempo que necesitan los materiales conglomerantes para secarse.

El hecho de que la torre esté construida en ladrillo no debería sorprender, pues es uno de los materiales más utilizados en la zona, además de ser uno de los preferidos en el arte mudéjar, del que bebe en gran medida el barroco aragonés. Así lo constata Gonzalo Borrás: "Del mayor interés son asimismo las perviven-

cias mudéjares de algunas torres turolenses del siglo XVIII". No es extraño, por tanto, que esta torre ofrezca al visitante guiños mudéjares.

Este templo, construido en mampostería y sillería, es de planta rectangular y está compuesto por tres naves de cuatro tramos cada una. A diferencia de otros modelos de iglesia barroca, como el que impera en el Bajo Aragón, esta iglesia no cuenta con crucero, y la cúpula sobre pechinas que suele cubrir a éste último es utilizada en este caso para cubrir las naves laterales, tal y como ocurre en la basílica de El Pilar, modelo de templo barroco que ejerció gran influencia a lo largo y ancho de todo el territorio aragonés. La nave central, más acorde con el modelo de iglesia barroca impuesto desde Italia, está cubierta por bóvedas de medio cañón con lunetos. Estas bóvedas descansan sobre unos arcos y unos pilares que, debido a su grosor, crean diferentes espacios muy marcados, algo distinto a los que solemos ver en el barroco turolense. Otra de las curiosidades de la iglesia es la cabecera. Esta, que añade un tramo más a la planta al igual que hace el coro a los pies de la iglesia, es plana, pero es probable que el deseo de querer darle forma de ábside con planta poligonal obligara a aplicar una fórmula arquitectónica poco usual. Así, se añadieron a la bóveda de cañón que cubre el ábside unas trompas y sobre ellas diversos lunetos, logrando de este modo formar una falsa media cúpula poligonal.

El otro elemento que cobra especial interés en el conjunto de la arquitectura barroca es la portada. Frente al modelo habitual de portada barroca, la de la iglesia de Ariño se compone de tan solo un cuerpo, pues el entablamento que debía separar los cuerpos se curva para introducir en el primero la hornacina, elemento característico de estas portadas, en el que figura la imagen del Salvador. El acceso al templo se realiza a través de un arco de medio punto con una singular decoración a base de un cuidado almohadillado; unas hornacinas que flanquean al arco, hoy en día vacías; relieves florales en el entablamento y a los lados de las hornacinas laterales, estos últimos decorando más que la portada propiamente dicha, la fachada; y unos estípites sobre las hornacinas laterales. La fachada de sillería y mampostería austera y pesada solamente se aligera y ornamenta gracias a un óculo, colocado en la parte superior, por el que entra parte de la escasa luz de la que disfruta la iglesia; una ventana, colocada sobre la hornacina principal, y, sobre aquella, un escudo con cruz, bajo el cual se descubre, si uno se fija bien, una cabeza de animal o ser humano, desde la cual parte una fila de ladrillos que se extiende horizontalmente a ambos lados de la fachada dividiéndola en dos.

La iglesia por dentro

Al introducirse en el interior del templo, el visitante se ve arropado por un amplio espacio muy luminoso de tres naves, que quedan bien delimitadas por grandes arcos de medio punto sobre pesados pilares cruciformes. Contrariamente a lo que se podría esperar del interior de un templo barroco del siglo XVIII, repleto de florituras y profusas decoraciones murales sobre estuco, los muros de esta iglesia guardan una armonía perfecta entre el blanco impoluto que las cubre y los arcos de medio punto que se perfilan con tintes planos y algunos motivos de carácter vegetal a modo de florones. Estos últimos, junto con los lunetos de la bóveda de medio cañón que cubre la nave central y los vanos que se abren a la misma, marcan en este espacio el ritmo de elementos, al que ya hemos hecho referencia, que dirige nuestra



Vista de la portada y la torre.

mirada directamente hacia el ábside. Es decir, el espacio central, al menos, responde a una solución decorativa que está más cerca de un modelo clasicista que aquellos espacios a los que el barroco nos tiene acostumbrados, y se sirve casi exclusivamente de los elementos estructurales para marcar la decoración de los muros.

Por lo que respecta a las naves laterales, sí que encuentra el visitante algunos restos de pintura mural de estilo rococó en aquellas cúpulas en las que han resistido el paso de los años. Aquí, en los estucos que recorren el diámetro de la base de la cúpula, se despliegan motivos vegetales y geométricos, al igual que ocurre en las propias cúpulas o en algunos de los muros de las capillas menores –mejor conservados los de la nave del Evangelio–, en los que se despliegan elaborados motivos que imitan o enmarcan los retablos de madera. En este sentido, la iglesia guarda concordancia con los interiores de las poblaciones vecinas a Ariño y que hemos visitado hasta el momento, puesto que en todas ellas se conserva algún resquicio de la decoración mural original de los templos.

Igualmente la iglesia de San Salvador se vio despojada de los signos iconográficos originales que suelen vestir las capillas de los templos cristianos: retablos u obras pictóricas en formato de cuadro, láminas y tallas de madera. Ariño no ha sido una excepción con respecto a este asunto y los habitantes de la localidad respondieron, al finalizar la Guerra Civil, llevados por su sentimiento más profundo para volver a colocar imágenes sagradas en los retablos correspondientes en las naves laterales y en la capilla mayor. Con respecto a esta última, según las fuentes testimoniales consultadas, al no disponer de presupuesto para encargar un nuevo retablo mayor, los habitantes de Ariño decidieron imitar el antiguo retablo mayor sobre el muro, de manera plana. De hecho, se podría decir que se adivinan todavía ciertas sombras bajo la capa blanca que hoy reviste los muros. Hacia los años setenta, el muro se blanqueó y se colocó en el mismo una cruz de madera como símbolo del Salvador. Sin embargo, el retablo que hoy en día se puede observar presidiendo el templo está dedicado a San Salvador, como no podía ser de otro modo, puesto que esta es la advocación del templo, una imagen de grandes dimensiones que se ve custodiada por la Inmaculada Concepción y la venerada Santa Bárbara. La fábrica es de



Querubín, detalle de la ornamentación del muro.

un solo cuerpo, compuesto por tres hornacinas con las imágenes y se levanta sobre un pequeño sobabanco. Rematan todo el conjunto tres estructuras de líneas rectas que se decoran con abundantes pináculos y adornos calados que, como ocurre con los lóbulos que decoran los arcos de medio punto de las hornacinas, nos indican que los Hermanos Albareda, zaragozanos autores de la obra, pensaron en un modelo neogótico a la hora de realizar la obra. En un lateral de la misma aparece la firma acompañada de la fecha de 1941, por lo que se puede llegar a la conclusión de que no se tardó demasiado en encargarse el retablo principal de la iglesia.

También obra de los Hermanos Albareda es el retablo de San José, que regalaron las "Hermanas Desiderias" de la población, situado en la segunda capilla de la nave de la Epístola, una obra de estilo mucho más clásico, pero también con ciertas alusiones al arte gótico en cuanto a la estructura general se refiere. Es una obra de madera policromada y dorada que, por el marco que nos describe y por la ausencia de otras tallas complementarias, centra la mirada en las figuras de San José y la Virgen María.

En esta misma nave de la Epístola se conserva el único retablo anterior a la Guerra Civil que custodia esta iglesia. Se sitúa en la capilla más próxima al altar mayor y tiene como principales imágenes a la Virgen Dolorosa, una composición de la Piedad y un Cristo yacente, situados por este orden de manera descendente. Se ven custodiados por san Blas y san Valero, cada uno a un lado de las imágenes principales. En este caso, del que desconocemos la autoría, el armazón del retablo es muy sencillo, puesto que presenta una estructura de tres hornacinas separadas por columnas para las imágenes de la Dolorosa, san Valero y san Blas, mientras que la Piedad se cobija a los pies de la Virgen de los Dolores y el Cristo yacente soporta en la base todo el retablo. Los elementos decorativos se limitan en este caso a algunos motivos vegetales en los capiteles de las columnas, así como a la policromía de las imágenes. El último de estos altares, el situado más próximo al muro de los pies, corresponde a la exaltación de los bombos y tambores de la localidad, como simbolizan los farolillos que lo adornan. Se trata de un altar muy sencillo, sobre el que se sitúa un Cristo crucificado en el centro, flanqueado por san Sebastián y san Fabián.



Pila bautismal, tras cancelles de forja.



Esculturas de la Dolorosa y el Nazareno.

La nave contraria ostenta cuatro capillas. Por orden de entrada, desde el muro de los pies hasta la cabecera, la primera de ellas es la dedicada a la Virgen del Pilar, escultura muy sencillita y de pequeñas dimensiones, que se sitúa sobre el altar. En el caso de esta capilla quizás el mayor protagonismo se lo lleve un gran lienzo que cubre prácticamente todo el muro y que viene firmado por P. Luesma, artista oscense, en el año 1940. Así que se trata de una obra de nuevo muy joven en la redecoración del templo tras la Guerra Civil. Un cuadro muy efectista de lenguaje algo pomposo, que denota la mano de un dibujante no muy experimentado, pero de correcta estructura de un tema que está muy presente en los templos católicos: la visita de santa Isabel y san Juan Bautista al Niño Jesús y la Virgen María ante la bendición del Señor y del Espíritu Santo.

Al avanzar por esta nave, la advocación al Salvador nos vuelve a sorprender en un retablo de líneas muy rectas, casi bidimensional, con dos columnas a ambos lados. Santa Águeda y los santos Abdón y Senén, todos de mucho menor tamaño, acompañan esta figura del Salvador. Estos últimos fueron los patronos de la población, antiguamente se celebraban las fiestas patronales de Ariño en honor a ellos el primer domingo de septiembre, pero se decidieron cambiar a las actuales de san Roque para que tuvieran mayor afluencia de gente.

La capilla dedicada a la Virgen del Carmen es un espacio especial para los feligreses de este templo, no tanto por su imagen y el alto retablo de columnas corintias y entablamento recto que remata un florón con el símbolo de los carmelitas que la encuadra, sino por dos piezas que se encuentran en el mismo espacio. La primera de ellas es el sepulcro realizado para el que sería un miembro de la Orden Militar y Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, de Rodas y de Malta de origen medieval. Se desconoce la identidad del personaje que hubo en el interior porque, al parecer, cuando se abrió la tapa para conseguir más información del miembro militar de la Orden de Malta, el sarcófago estaba vacío. No obstante, cabe destacar que el símbolo de la Orden se encuentra labrado en el lateral y se trata de un elemento



Retablo mayor, dedicado al Salvador.

singular dentro del contexto en el que nos encontramos, ya que no es habitual admirar restos así en el resto de iglesias de nuestra comarca.

La otra pieza singular de la que están muy orgullosos los ariñenses es un estandarte que las "Hermanas Desiderias", a las que ya hemos citado en relación con el retablo de San José, bordaron en 1941 para conmemorar la tradición de los carmelitanos y carmelitanas que cumplían y cumplen la función social de ayudar al prójimo necesitado. Pero especialmente se destaca el estandarte en este colectivo porque es el que se utilizaba para acompañar a un difunto miembro de la congregación en su hora de sepultura. Como es de esperar, la iconografía de este estandarte es la de la Virgen del Carmen acompañada por el Niño en el interior de un tondo que conforman diversos elementos vegetales y florales y el símbolo carmelita en el reverso, con gran uso del hilo dorado. Aquí estriba la importancia de esta capilla lateral.

La siguiente capilla destaca especialmente porque, en lugar de tratarse de una obra tridimensional la que llena el espacio, es una composición mural de efecto escultórico, de grandes proporciones que llenan columnas salomónicas, motivos vegetales y algunos querubines de un estilo muy rococó. Está advocada a san Isidro, colocado bajo venera, a quien acompañan san Roque y santa Lucía.

Muy reseñable es el último de los altares de esta nave del Evangelio, de advocación muy importante, como nos traduce la posición que ocupa en la iglesia, el muro de la cabecera de esta nave. Se dedica a santa Bárbara, patrona de los mineros, en una población que vive esencialmente de dicha actividad. Un retablo policromado y dorado, de inspiración muy clasicista resguarda a la santa.

Todos estos altares y obras son los que conforman básicamente las obras de arte de tipo mueble que cobija el templo, pero no son las únicas. Completan los muros otras obras como una Virgen con Niño, que es exactamente igual que la que sacan en procesión los habitantes de Albalate el día que se celebra la festividad de la Virgen de Arcos. También por esa expectación que genera la imagen entre los ariñenses se ha situado en el muro de la cabecera de la nave contraria a la que hemos nombrado anteriormente, flanqueando el altar mayor.

No podemos dejar de citar un icono pintado sobre madera, que recibe al fiel en el muro de los pies, de cierto aire bizantino, muy curioso también de encontrar en nuestro entorno. Ni debemos olvidarnos de la pila bautismal de 1948 situada tras las rejas de forja que nos reciben al ingreso en el templo, realizada en material pétreo y que cobra su sentido completo con el cuadro que en 1956 A. Domenech compuso con el tema central del Bautismo de Cristo por San Juan Bautista.

Muy singular es una ofrenda en el día de Santa Bárbara que en 2008 donaron los habitantes de origen polaco a la iglesia de Ariño. Se denomina *czestochowa* y hace referencia a la representación de la Virgen con el Niño en actitud de bendecir. Se trata de una obra que tiene valor por el hecho de representar la ofrenda de una comunidad polaca en la población y no tanto por su carácter estético o artístico.

Todo lo contrario ocurre con la talla que discretamente nos sorprende en el altar mayor, aunque cuesta reparar en ella por sus reducidas dimensiones. Una pequeña esculturita que, según las fuentes orales, podría corresponder al período renacentista del anterior templo que precedía al actual y que se ha conservado a lo largo de los años, especialmente en el período de la Guerra Civil y la postguerra, gracias al cobijo que una familia le dio en su casa. Sin duda, y pese a los repintes que recubren la talla propiamente dicha, se trata de una Virgen del Rosario de estupendas proporciones, que transmite gran delicadeza y ese regreso al canon más realista que se comenzó a retomar con el humanismo del Renacimiento. Sin duda, una restauración de la obra nos ofrecería el verdadero aspecto de la talla original y mucha información acerca de su posible datación.

No es eso lo que nos ocurre con las puertas que abren a los espacios de la sacristía, al coro y al pequeño salón situado en la nave de la Epístola. Todas ellas de gran tamaño, son puertas que se salvaron de las destrucciones patrimoniales de la Guerra Civil, de un estilo barroco muy clasicista, formadas por estructuras rectangulares talladas y decoradas con elementos vegetales muy acordes con toda la decoración mural de las paredes.

El resto de bienes muebles que se cobijan en el interior de la iglesia corresponde a obras de orfebrería sin demasiada relevancia más allá de la necesidad que tiene cada templo de tener para la liturgia objetos como una cruz procesional o un cáliz.



Talla de la Virgen, de estilo renacentista.